

FIGURAS Y ASPECTOS DE LA VIDA MUNDIAL

G I O V A N N I G I O L I T T I

Los días que corren no son propicios para una equitativa valoración de Giolitti. El fascismo no puede mostrarse demasiado indulgente con el político que más conspicua y específicamente representa la Italia demoliberal, positivista, tendera burocrática de los últimos lustros pre-bélicos. El antifascismo post-aventiniano, — aunque grato a la firmeza con que Giolitti votó en el Parlamento contra la política anti-liberal del fascismo—no puede perdonar al estadista piemontés su parte en los errores tácticos de gobierno que consintieron la marcha sobre Roma y la abdicación y desmoronamiento del Estado liberal. La apología de Francesco Crispi y de los hombres de la antigua derecha, se acomoda al gusto y al interés de la dictadura fascista mucho más que el reconocimiento de las beneméritos de Giolitti, que debió su fortuna política a la derrota del método crispiano.

Nunca se ha despotricado tanto en Italia contra la democracia sanchopancesca, utilitaria, negociante, giolittiana en una palabra, de la "monarquía socialista" como desde que Mussolini, en la necesidad de sofocar toda protesta contra el régimen, anunció su intención de reemplazar definitivamente y formalmente al viejo Estado liberal por el Estado fascista. Giolitti ha escuchado sin inmutarse, en sus postreros años, las más exorbitantes y estruendosas requisitorias contra su sentido prudente, realista práctico, administrativo, de la política.

La Italia de Vittorio Veneto, que el fascismo siente espiritual e históricamente tan suya, debe a la obra giolittiana, ordenadora y parsimoniosa, en los elementos fundamentales de su costosa victoria. En largos años de una administración, que sacrificó los tópicos clásicos del Risorgimento a los hechos prosaicos de un trabajo de crecimiento y equilibrio capitalistas, Giolitti, el neutralista, preparó a Italia para la guerra, capicitándola para ascender

del desastre de Adua al triunfo de Vittorio Veneto.

El rencor de la Italia d'annunziana, retórica, militarista, contra el sobrio y parco estadista piemontés, se ha tomado la más exultante y completa revancha contra el régimen fascista. Sería fácil, sin embargo,



Giovanni Giolitti

probar que el fascismo debe su persistencia y estabilización, más que a sus medidas de violencia, a su método oportunista, a su

estrategia social, a una praxis, en suma, heredada del giolittismo, con la diferencia de que éste prescindía de la declamación idealista y asignaba a su función fines más modestos e inmediatos.

Giolitti era la antítesis del político programático y doctrinario. Pero, profesaba, sin duda íntimamente un ideal, que ahora se destaca más netamente que nunca como el resorte espiritual de su obra; el ideal de hacer de Italia un estado moderno, apto para superar definitivamente una pesada tradición clerical, comunal, güelfa, anti-unitaria.

Para consolidar el Estado liberal, monárquico y unitario, surgido de las luchas del Risorgimento, Giolitti comprendió que era necesario abandonar el dogmatismo y la intransigencia de Crispi y licenciar definitivamente una buena parte de las frases e ideas del Risorgimento mismo. La política del Estado, en la medida en que podía ser reformadora y progresista, en el orden político, tenía que apoyarse en las masas obreras, cada vez más ganadas al socialismo. El ideario liberal significaba un constante fermento de tendencias e impulsos republicanos. Giolitti liquidó la cuestión institucional acordando a las masas el derecho de huelga y asociación, el sufragio universal, el mejoramiento económico.

Críticos liberales como Mario Missiroli no le han ahorrado invectivas por su empirismo oportunista, exento al parecer de toda convicción doctrinal. Pero, precisamente, Missiroli, que acusaba a Giolitti de haber destruido el patrimonio ideal del Risorgimento con su política transformista de transacción y compromiso, ha acabado por reconocer, el fondo voluntarista e ideal de la política giolittiana. La experiencia de la crisis post-bélica, lo obligó a admitir que "la política giolittiana era la sola conveniente a un pueblo incapaz de superar las contradicciones de su historia milenaria". "Fue después de la catástrofe del socialismo y de la democracia—escribe Missiroli—cuando comprendí la ineluctabilidad de la política giolittiana y la grandeza de Giolitti. Fue entonces cuando intuí su profundo pesimismo, su patriotismo ascético, su infalible sentido de la historia. La grandeza de Giovanni Giolitti consiste en haber sabido gobernar, según los modos de la civilidad occidental, un pueblo que había permanecido extraño a las formaciones espirituales de la modernidad y en haberlo elevado, merced a una obra exclusivamente personal, por encima de su propia consciencia moral y de sus hábitos atrasados."

Pero Gobetti no anda muy lejos de Missiroli cuando define a Giolitti como "la subli-

mación más rara y casi única de la ordinaria administración." Giolitti, realmente, resolvía la política en la administración; pero sin perder de vista los fines superiores del Estado liberal. Incorporando a las masas en la vida política, como partido de clase, opuso a las inclinaciones conservadoras de la burguesía el contrapeso indispensable para que no condujesen al Estado al renegamiento gradual de los principios del liberalismo. El socialismo le permitió salvar al Estado de la estratificación burocrática y de la reacción ultramontana. La función del socialismo, como Missiroli también lo acepta en el prefacio de su segunda edición de "La Monarquía Socialista", que rectifica en parte las aseveraciones originales de la obra, fué eminentemente liberal en el período giolittiano.

Pero esta política sólo podía desenvolverse libremente en la época en que las masas se acomodaban con facilidad a una acción reformista. Desde que la guerra abrió un período revolucionario, el socialismo se tornó amenazador e inquietante. Giolitti, siguiendo su estrategia equilibrista de contrapeso y antinomias, pensó que podía servirse de las brigadas fascistas para volver a la razón a los socialistas. Luego, sería fácil reducir al orden a los "fasci di combattimento". Su último gran servicio a la burguesía y al orden fué su actitud contemporizadora ante la ocupación de las fábricas. La resistencia del gobierno a la reivindicación obrera del control de las fábricas, habría provocado probablemente la revolución. Giolitti prefirió ceder a la demanda de las masas, quitándoles de este móvil concreto que las impulsaba a la lucha. Pero erró, en cambio, en su cálculo cuando disolvió a la cámara en 1921, con la esperanza de asegurarse, con el concurso de la violencia fascista, una mayoría manejable. Este error franqueó a los fascistas el camino del poder. Mussolini le debe toda su fortuna política. Si el ministro "de la mala vida" como le llamaban algunos por sus concomitancias con la plutocracia setentrional y las oligarquías y caciquismos meridionales, hubiese acertado en su maniobra electoral, la conquista de Roma por el fascismo habría quedado conjurada. Giolitti no se daba cuenta de la naturaleza extraordinaria, excepcional, de los nuevos tiempos. Con su calma y su socarronería piamentesa, creía que todas las efervescencias y exuberancias post-bélicas acabarían por apaciguarse y desvanecerse. Presentía, más próxima de lo que en verdad estaba, la estabilización. Este error histórico, esta falla política, han puesto en revisión toda su fatigosa obra de parlamentario y gobernante; y le han restado, en su última hora, la satisfacción de verse continuado.

José Carlos MARIATEGUI